



EL CULTO A LOS MUERTOS

Por favor pase a las páginas centrales

Pedro Onésimo Núñez

Nuevamente he tenido la oportunidad de participar en la creación de otro museo: el museo de sitio de la zona arqueológica de Xochicalco. Mi participación fue en el área de restauración donde actualmente desempeño mis labores. Esto me dio oportunidad de conocer nuevos aspectos del trabajo que implica la realización de un museo. Quiero aclarar que participé únicamente en la restauración, distribución de piezas y montaje de la museografía.

Para mí fue muy interesante observar todo el proceso, desde el traslado de las piezas sujetas a selección hasta su exposición.

Fue necesario pedir apoyo de seguridad pública para el traslado del material que se encontraba en el taller de museografía del Centro INAH Morelos.

Todo comenzó cuando la restauradora Teresita Loera, en ese tiempo coordinadora del taller de restauración, nos comunicó que el director de este museo solicitaba nuestro apoyo porque había algunas piezas que necesitaban ser restauradas; a mí, esto, me dio mucho gusto porque era otra experiencia. Nuestra participación comenzó el miércoles 30 de agosto de este año; ese día fuimos a conocer el problema Teresita Loera, Beatriz Sandoval, Enrique Hurtado y yo; después se incorporó el compañero Eleazar Zúñiga.

Cuando llegamos al museo, nos encontramos con un fuerte dispositivo de seguridad para proteger lo mejor posible el patrimonio cultural que se encontraba en este inmueble.

Ya dentro del edificio nos dimos a la tarea de hacer una revisión exhaustiva para poder programar y dividirnos el trabajo; esto nos fue difícil, porque la mayor parte de las piezas ya las conocíamos, por lo tanto, nos dimos cuenta de lo que era necesario hacer

Por favor pase a la página siguiente



Editorial

EL ESPECTACULO DE LA MUERTE: SEÑAL Y TRADICION

H. Rafael Gutierrez Y.

El espectáculo de las Festividades de Muertos conserva la tradición antigua pero hoy se manifiesta con señales de barras y estrellas. Las antiguas ofrendas que antes con tanto cariño manufacturaba la sociedad mexicana hoy están substituidas por la producción mecánica de mercancías de tradición.

Las ofrendas de muertos era una escena congelada del teatro de la vida y la muerte según las concepciones que nuestros padres tenían del cosmos, concepción que articulaba el origen y el fin, el Tamoanchan y el Tlalocan solo complicado, según Alfredo López Austin la llegada de los blancos, (TAMOANCHAN Y TLALOCAN, 1994, 9) complicación que no parece haber sido significativa entre los sacerdotes prehispánicos; los primeros frailes se dan cuenta y procuran no producir una perturbación total; ambos los antiguos y los nuevos sacerdotes aceptan discutir ambas teologías, aceptan apropiarse ambas liturgias y hasta es posible que tengan un enfoque pastoral común; lo cual podría explicar la profundización de las raíces del cristianismo de la evangelización, mismo que, al ser despojada la nobleza indígena hacia el último cuarto del siglo XVI de sus últimos derechos, se vuelve clandestino para resurgir más tarde como una religiosidad popular subversiva que hoy nuevamente se ve severamente asediada por el arribo de otra cultura.

El teatro antiguo era una señal formal, una liturgia que se mostraba escénicamente pero arrastraba consigo también la tradición pastoral de una cosmovisión que se transmitía de generación en generación y que se manifestaba en un espectáculo. En la Iglesia morelense de los sesentas a los noventas revivió esta forma que hacía sus raíces en la historia religiosa europea-cristiana y americana-prehispánica; era la recreación de nuestra cultura cristiana y un baluarte contra la penetración cultural extranjera, parte de la utopía.

Por favor pase a la página siguiente

Xochicalco o cómo nace un museo

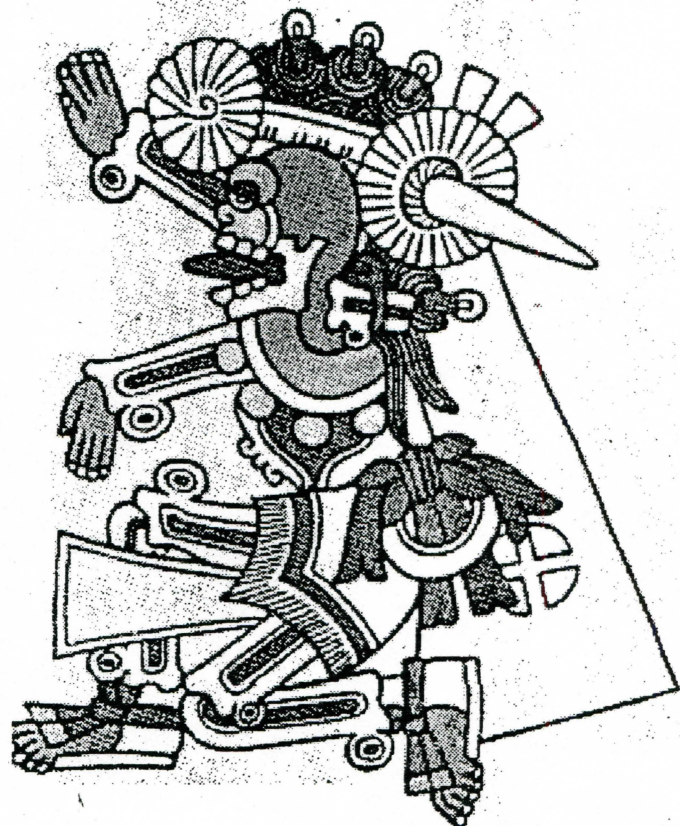
EL CULTO A LOS MUERTOS

R. Hellodoro Valle

Las frutas, el pan, el vino, y la danza se desbordan alegremente en las tumbas; y aún perdura la devoción. Hacía constar el alcalde mayor de Querétaro (1582) en una descripción que conocemos gracias a don Valentín Fricas, que en las sepulturas aquellos indios ofrecen comida en vasijas y dexandolo ally dezian que lo hazian por los muertos que eran bibos en otra vida que era la perfecta. Los mexicanos tenían sus agencias fúnebres; ponían a disposición del muerto un jarro de agua para la sed de la travesía, le mataban un "techichi" (perro) para que lo acompañara, y en pedazos de papel le señalaban el camino que conducía a la gran serpiente, los ocho desiertos, los ocho collados y el viento agudo. (Clavijero). Si el muerto era el rey lo vestían con quince vestidos de

algodón y le ponían en los labios una esmeralda. Y cuando al cuarto día ya no aguantaban el mal olor (Mendleta) quemaban el cadáver con leños olorosos, y entre la ceniza hundían la joya que le servía de corazón. Más tarde, en los aniversarios, le ofrecían pan, vino, copal, flores y cañutos con perfumes y le sacrificaban codornices y mariposas.

Los de Tlaxcala hacían estatuas a sus muertos ilustres y "después los adoraban como dioses" (Muñoz Camarco); y entre los michoacanos era tradicional que al rey lo debían de acompañar al otro mundo siete queridas, además de un séquito de servidores, entre los que no faltaban el que llevaba la silla, el barbero, el remero, el platero y hasta un bufón que lo distraería con chistes en el camino tedioso (Mendleta).



Danza del dios de la muerte.



Escena de Tlalocan teotihuacano. Mural de Tepantitla, parte inferior del lado sureste.

Hubo entre los indios de Nayarit un célebre caudillo así llamado que murió mediante el siglo XVII y a quien los coras tenían tanto afecto, que su cuerpo lo conservaban disecado y le rendían adoración en una cueva, sacrificándole doncellas, a más de otras cosas. (Alberto Santoscoy). Tenían sentados también otros muertos, adornados con quetzales de plata y plumas espléndidas, llevándoles la primicia de las semillas y los frutos, la carne, la sal y las jicaras, según lo observó Fray Antonio Arias.

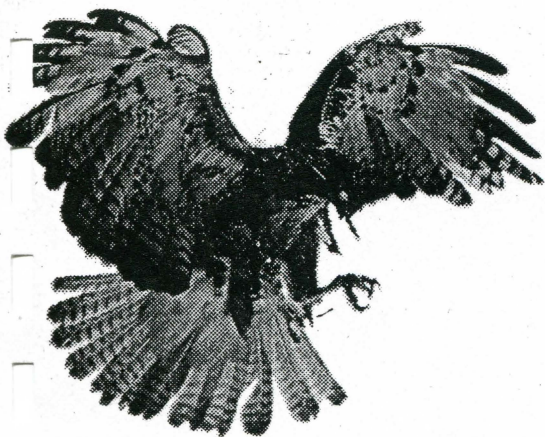
Llaman la atención las ceremonias entre los de Coahuila, pues si en el año de cacería se moría el que había matado un venado, los deudos iban al anochecer a la casa del muerto, cantando tristes cantos, y detrás de ellos una vieja con la cabeza del venado, la cual, rodeada de flechas, era puesta en una pira: así pasaban aquella noche, la anciana llorando y los demás cantando y danzando hasta el alba, y

en la ceniza a que se reducía la hoguera se hundía la memoria del extinto. Creían agrega don Esteban L. Portillo- que un tal Cochinipa era el autor de la muerte, y que si alguien veía espirar a su pariente, moría a poco, a lo que se atribuye la práctica de enterrar a los moribundos. Durante algunos días la familia lloraba, cantando y bailando, a tarde y mañana, en torno de la sepultura, y como de los indios venezolanos dice López de Gomara, referían las virtudes y hazañas del muerto.

Hacían lo mismo los californianos: era el panegirista uno de los "guamas" o adivinos, y los hombres y las mujeres se cortaban el cabello casi al ras, en signo de dolor. En algunas comarcas solían cavar las tumbas días antes de que muriese el paciente, y así que esto sucedía lo envolvían en un cuero de venado, lo

Por favor pase a la página siguiente

Las águilas vuelan solas
Nosotros volamos juntos



Periodismo libre y sociedad civil
son la fuerza de la democracia

El Regional del Sur, periodismo Civil

Suscríbete

3 MESES 190 pesos
6 MESES 325 pesos
12 MESES 550 pesos

13•28•93



Pieza zapoteca que representa la dualidad de la vida como mitades opuestas y complementarias de un rostro. Entre los procesos representados por el par vida/muerte estaba el de tiempo de secas/tiempo de lluvias. Soyaltepetl, Oaxaca. Clásico. Museo Nacional de Antropología.

calzaban "para un gran viaje" y, a fin de evitar que se levantara después, le quebraban la espina dorsal, hecho de que debe haberse repetido con frecuencia a jugar por las noticias del Padre Salvatierra.

Golpeándose la cabeza con piedras hasta sangrar, y gritando "hu, hu, hu", los amigos de los dolientes acudían a darles el pésame.

Tenían los zapotecos su Día de Difuntos: preparaban de antemano pavos y otras aves sabrosas, además de moles y tamales -dice Martínez García- que ponían en una mesa o altar como ofrenda a los difuntos, y en torno de ella los parientes velaban la noche, orando y pidiendo de ellos la salud, las buenas cosechas y el bienestar, y no levantaban los ojos temiendo que mientras probaban aquellos manjares los muertos huyeran. Alonso de Espinosa sorprendió a los indios ofreciéndoles tamales. Según el Padre Gay, en Mitla se conocía la cremación de los cadáveres, y si en Tezapotlán el muerto era el rey, lo vestían con sus mejores ropas, lo adornaban con joyas y plumas y le ponían el escudo y el venablo que llevaba en la guerra; y sentado en rico trono lo iban a sepultar entre

sollozos y música desacordes, contando su biografía.

En cuanto a los mayas, recuerda el P. Landa que una vez amortajado el cadáver le llenaban de maíz molido la boca, y le ponían algunas piedras para que no le faltase con qué comprar en la otra vida. A los guerreros los enterraban con sus armas, a los artesanos con sus útiles de trabajo y a los sabios con sus libros. Cuando era personaje, entonces lo quemaban, poniendo sus cenizas en vasos funerarios o dentro de estatuas a las que defendían erigiendo en torno un templo o mausoleo. Destruían la cabeza del muerto para reemplazarla con otra, copiando las facciones originales y el color del cutis, y en madreperla o hueso pulido engarzaban piedras preciosas para reproducir los ojos (Ancona).

Eran supersticiosos los teotihuacanos y aún lo son: dice Ceballos Novelo que tienen la creencia de que cuando a los cadáveres se les amarra pies y manos les será imposible levantarse el día del juicio final; que asisten a los sepelios espantando con ramas de romero y palma real a los diablos traviosos y que las ofrendas rituales en los sepulcros siguen siendo el pan, el agua y la fruta.

Editorial

Viene de la portada del suplemento

Dice María Sten (VIDA Y MUERTE DEL TEATRO NAHUATL, Ed. Sep. Setentas, 1974) que cuando llegaron los misioneros no encontraron nada en las representaciones religiosas que no hubieran hecho ya en España(9). Y no solamente los religiosos, también los soldados y en general los jóvenes tenían tradición de representar escenas de la vida privada y social como espectáculo en las plazas y en las calles. Esta tradición al encontrarse con la del teatro prehispánico recreó el teatro colonial, eso fueron: los Autos sacramentales primero y después El Reto en que participaba la población. Pero este, al igual que las demás instituciones populares de teatro conservó su integridad durante la primera generación de frailes y la última generación de sacerdotes prehispánicos. Porque «la vida de los naturales no era otra cosa que un teatro perpetuo en las fiestas que en honor de los dioses se sucedían a lo largo del año»(IBIDEM); los dioses parece que sólo se habían convertido en santos.

Cuando, en el último cuarto del siglo XVI las disposiciones de la Corona Española y de la Iglesia de Roma descabezaron los últimos residuos de la religiosidad popular, obligando a la cultura indígena a hundirse en la clandestinidad, el espíritu de la tradición que animaba la religiosidad desapareció de los espectáculos religiosos, incluyendo la celebración litúrgica de la Cena. Los vínculos que emlazaban a los cristianos con el Dios y con los prójimos perdieron sus características reales.

El teatro fue una expresión de esta teología, litúrgica y pastoral común donde encontramos el signo y el símbolo de una nueva religión cristiana y mesoamericana en gestación, parte de una utopía. Vida y muerte, como una continuidad histórica de la cultura, enlazaba la tradición de las culturas agrarias.

El Dios cristiano hecho hombre es, el Cristo sacrificado por los hombres y su Padre lo elevó por encima de los hombres y según la tradición vendrá a juzgar a vivos y muertos.

El dios Yiacatecuthtly de los comerciantes había sido quizá un hombre santo, en el sentido de santidad

prehispánica, cuya mayor riqueza fue alcanzar el honor de los altares y hoy patrocina la mayor festividad religiosa del Tianguis Grande en Yecapixtla, bastón con bastón junto al Bautista, patron cristiano del pueblo: La fiesta de muertos. Y como ésta, en todo el territorio nacional revistiendo señales según las diversas culturas.

La sustitución de los dioses antiguos por los santos cristianos tuvo, finalmente, éxito porque integraban la señal de una imagen con tradición de una explicación acerca de la cosmovisión prehispánica y europea.

El color en la zona norte es el negro: La muerte, la sequedad, el frío, la noche, todo lo que es adverso a la vida y a la alegría esta situado en este rumbo. De ahí su nombre más común MICTLAMPÁ del rumbo de la muerte, y su signo para los años: Tecpatl, el instrumento de la muerte ritual, el ave simbólica es el águila, como signo de la muerte también. Los númenes, si no se toman los cuatro colores para los cuatro rumbos, son principalmente Tezcatlipoca, Mictlantecutli, que no es sin una forma de este mismo. La morada de los seres humanos alejados del mundo es la llamada Mictlán, o sea, REGION DE LOS

MUERTOS, en que se hallan muertos comunes» (CANTO, DANZA Y MUSICA PRECORTESIANOS, Samuel Martí, F.C.E. Mexico 1961, P.265)

Para llegar al Mictlán, donde estaba el descanso final el hombre debía pasar por diversos procesos de purificación pruebas que llaman los cronistas, infiernos, edades solares representadas en los cuatro rumbos que encontramos expuestas en el llamado Calendario Azteca. Pero también la tradición literaria del renacimiento había removido los cimientos judeo-cristianos del pueblo de Dios peregrinante hasta encontrar la República de Platón o la Mística Ciudad de san Agustín o el Paraíso perdido de Milton o los infiernos de Dante Allighieri.

«La calavera, símbolo de la muerte, era una de las formas ornamentales más populares (en las construcciones prehispánicas) casi tan frecuente como la greca escalonada. El hombre precortesiano no temía a Mictlán. Para él, la calavera no tenía nada de angustioso u horripilante. Era alusión a la inmortalidad de la vida: un signo lleno de promesas de la resurrección» (IBIDEM 12).

Viene de la portada del suplemento

y nos pusimos a trabajar con mucho entusiasmo con la seguridad de que nuestro trabajo se vería reflejado en la exhibición de piezas importantes. Trabajamos todo tipo de materiales: cerámica, piedra, hueso y otros.

El trabajo de una pieza conocida como «El Altar de las Olas» por los motivos de su pintura mural, fue la pieza que mayor satisfacción me causó, tal vez por lo difícil de su restauración.

Quiero destacar la invaluable participación de dos de mis compañeras: de Teresita Loera por su experiencia y cuidado para seleccionar las piezas que necesitaban nuestra intervención y de Beatriz Sandoval por su buen sentido de observación para corregir muchos detalles, ya que ella, habiendo participado en las excavaciones se acordaba muy bien de como habían aparecido. Fue muy interesante ver cómo el museo iba tomando forma.

Al principio como éramos muchos, todos nos veíamos como extraños porque no nos conocíamos; pero al paso de los días y conforme avanzaba el

trabajo que cada quien desempeñaba, nos fuimos familiarizando hasta conformar todos un entusiasta equipo. Ya en pleno trabajo veíamos llegar a los arqueólogos que junto con los museógrafos comenzaron a seleccionar y agrupar las piezas, señalándoles el número de sala en la que estarían expuestas, después se hizo lo mismo con las vitrinas; a éstas se les ponían dos números, el suyo y el de la sala donde serían exhibidas.

Los albañiles por su parte se afanaban en la tarea de construir las bases para colocar las esculturas y capelotes; también se reconstruyeron varios detalles de la arquitectura prehispánica del sitio; hubo también, otras muchas personas con un trabajo aparentemente menos importante, pero valioso.

Lo emocionante fue cuando se inició la distribución de las piezas y su colocación en las vitrinas. ¡Qué cambio se operó! Aunque conocíamos las piezas y las habíamos trabajado, no dejamos de exclamar: ¡Qué preciosa pieza! ¡Cómo luce! ¡Se ve linda!, exclamaba una compañera. Así continuamos nuestra tarea de restaurar corrigiendo detalles de limpieza, resane, unión de fragmentos

y reintegración de colores.

Mientras tanto, nuestro museo seguía creciendo; cada día se terminaban más bases, se colocaban más piezas, se armaban más vitrinas y se ubicaban los tableros con las cédulas con textos de información muy interesante.

Todas las piezas que aquí se exhiben son preciosas; la mayor parte fue rescatada durante las excavaciones del proyecto que se llevó a cabo durante las temporadas 1993 y 1994 y para cada sala se escogió una pieza importante por sus características y significado.

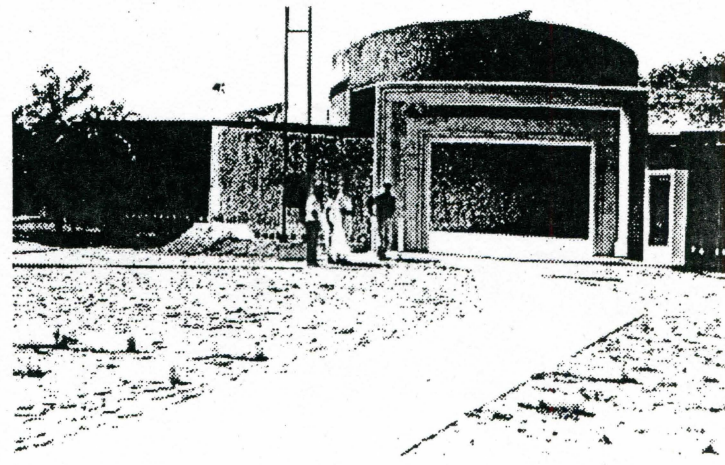
Así por ejemplo tenemos en la sala 1 la escultura conocida como «El Señor de las Serpientes»; en la sala 2 la pieza conocida como «El Señor de Rojo»; en la sala 3, la estela de «Los Dos Glifos»; en la sala 4 el incompleto Jaguar de cerámica; en la sala 5, la que forma una media

luna con huellas de pies y volutas; finalmente en la sala 6, se encuentra una escultura con una deformación torsal y en el brazo dislocado conocida como «El Señor de Xochicalco», una pieza maravillosa. En la sala 5 tenemos un interesante aro de juego de pelota con grabados de una guacamaya y un murciélago de un profundo simbolismo mágico; esta es una de mis piezas favoritas.

Para mí, en lo personal, fue una experiencia muy importante y provechosa porque aprendí muchas cosas de mis compañeros participantes en este trabajo. Sobre todo aprendía a valorar lo bello que es un museo por el esfuerzo que implica su creación.

Pienso que todos pusimos nuestro mejor esfuerzo para tener otro museo en Morelos.

Cuernavaca, Morelos, mayo de 1996.



Museo de "Xochicalco".

tamoanchan

UNA CRONICA DE HISTORIA REGIONAL

Es un suplemento semanal editado por



Cualquier información, sugerencia o publicidad dentro de este suplemento, favor de dirigirse a nuestras instalaciones en la Avenida Palmas #111 Fraccionamiento Bella Vista, c.p. 62170, en Cuernavaca, o al Teléfono (73) 13-28-93

LUNES 28 de octubre de 1996

número **3**